do con estos flancos á descubierto, apoderarse impensadamente de la capital, echar abajo el plan de operaciones que estaba propuesto, y tener que andar la división á la inclemencia. Estas proposiciones fueron redactadas en el mismo concepto, y remitidas á S. Juan, donde permanecia el cuartel enemigo.

SECCION SETIMA.

Entrada del general Santa Anna en Oajaca: batalla del 14 de noviembre.

de Etla con dire ccion á Oajaca, al frente de su division, y á las seis de la tarde entró toda ella en aquella capital, en medio del entusiasmo mas ecsaltado. Los cohetes, vivas y repiques eran de tal naturaleza, que no dejaban oir al tambor, ni al clarin, y el numeroso pueblo que se hallaba reunido, casi obstruia el tránsito de la tropa en las calles y plazas.

Al momento que tomó posesion de aquella ciudad, distribuyó el servicio, y mandó que se tomáran todas las precauciones convenientes á fin de no ser sorprendido, y los dias siguientes los empleó en la construccion del fortin del cerro de la Soledad [50], en

que sutropa se hallara pronta para cualquiera ataque imprevisto, y equipada del mejor modo posible, sin cesar en todo este tiempo de inquirir noticias del campo enemigo. Las demostraciones de aprecio que recibió entonces del pueblo Oajaqueño fueron las mas lisonjeras, y el entusiasmo del verdadero patriotismo se veía retratado en todos los semblantes.

Desagradó mucho á Rincon que Santa Anna entrara de Oajaca, y de este pretesto se valió para no cumplir lo pactado. En la noche del 13, una persona de Etla le avisaba que al dia siguiente marchaba la division sobre aquella ciudad, y al momento reunió á su oficialidad, quienes despues de varios pareceres, acordaron conservarse dentro del pueblo, municionar bien los puntos fuertes de que estaban apoderados, y esperarlos á pie firme sin dar un paso mas adelante.

El memorable dia 14 de noviembre amaneció, y á las ocho de la mañana recibió avisos de que los enemigos se acercaban, y que á aquella hora estarian como á dos leguas de la ciudad. Al instante se movió su espíritu: no tenia noticia de la juncion de Valdivielso, con su caballería y el activo de Querétaro, à la division de operaciones: deseaba ecsaminar de cerca al enemigo: su pundonor militar se electrizó; y viendo que una ciudad que tantas y tan reiteradas pruebas le habia dado de su amor, iba á ser entregado á las calamidades mas espantosas, si el ataque se verificaba dentro de sus muros: quiso ahorrar á los oajaqueños tan funesto espectáculo, y salir á campo raso á

⁽⁵⁰⁾ El cerro de la Soledad es el áltimo de la cordillera, y á cuya falda se halla la ciudad de Oajaca, en el cual se formó el fortin llamado Guerre, ro, que tanto molestó á los pedracistas de Oajaca, y dió que pensar á los de México.

buscar el honor ó la muerte: sobre todo aquel Arbitro de los destinos, que en mi sentir obra por leyes invariables, habia decretado que sufriria un cruel revés de la suerte, y lo impulsó á desechar el buen consejo de sus compañeros que la pedian guardar la ciudad.

Rincon habia hecho alto en la hacienda llamada Panzacola (*), desde donde observaba los movimientos de Santa Anna, y segun se dejaba ver no llevaba intento de atacar las posiciones de éste, ni á su division; pero el ocurso de los movimientos le

obligó á ello, mal de su grado.

El camino quebrado que hay desde Oajaca hasta la referida hacienda de Panzacola, no le dejaba ver á Santa Anna la posicion que guardaba su enemigo, ni el número de tropas que iba á combatir, pues ignoraba la reunion de muchas partidas que desde su llegada á Oajaca habian engrosado las filas enemigas, y componian ya 3,7 hombres de todas armas, mas bien mas que menos. Asi pues por todos esos antecedentes, se vió obligado á avanzar hasta tiro de canon, de donde no era facil ni honroso el retroceder. Cubrió en consecuencia su costado derecho con la cordillera de cerros. que se estienden desde la Sierra hasta Oajaca, la artillería á sus faldas, la infantería en el camino carretero, y la caballería á su izquierda.

Ocupado en dar las disposiciones que correspondian en aquel momento para esperar al enemigo, observó que una gruesa

columna de infantería como de 600 hombres, subia por el cuarto cerro que forma la indicada cordillera, y como desde alli podia ser atacado el fortin de la Soledad, ó que descendiendo de la altura marchase aquella infantería por las laderas opuestas á posesionarse de la ciudad, que estaba abandonada, dispuso que Heredia subiera por el tercer cerro á colocarse en la altura principal con la mayor parte de la infantería, tanto para que los contuviera en su marcha, como para que viera si llevaban el objeto que habia sospechado de ocupar la poblacion.

La fuerza enemiga en aquel momento estaba oculta á los ojos de Santa Anna. por las lomas y quebradas del terreno que tenia enfrente, y en la incertidumbre de si estaria ó no colocada en las eminencias, no pudo evitar el choque aislado que recibió su caballería. Queria observar las disposiciones contrarias de mas cerca, y ya estaba disponiendo que 100 hombres del batallon activo de Jamiltepec sostuvieran la artillería en un punto ventajoso que prometia muchos recursos, cuando ovó la primera descarga que hizo al escuadron del 2.º regimiento una columna de infanteria enemiga que se avanzó por el camino real, al propio tiempo que cargaba el grueso de la caballería enemiga por la izquierda sobre el escuadron que formaba la escolta al mando del teniente coronel D. Ildefonso Delgado, compuesta de cosa de 90 hombres.

Santa Anna cometió una imprudencia en incorporar á su escolta 60 dragones de

^(*) Está á cosa de 11 leguas de Oajaca.

los que cayeron prisioneros en la derrota de Huiso, llevado de las muchas protestas de adhesion y fidelidad que le hicieron de morir en defensa de su pronunciamiento; pues aunque podian ser sinceras, nunca debió fiarse de unos hombres versátiles que no prestaban la mayor seguridad. Sin embargo quiso darles confianza, y para mas acreditarla, los puso cerca de su persona, quedando esta casi á discrecion de ellos varias veces.

Los dragones incorporados fueron los primeros que volvieron, sin tirar un tiro, caras, al dar la primera carga la caballería enemiga, que se componia de mas de 800 caballos, y con su huida desordenaron la formacion, é hicieron que se desbandaran los demas.

Como corrian á todo escape los dragones de la escolta ácia la ciudad, la caballería enemiga se dispersó, y sin órden ni formacion siguieron sus alcances entrando tras ellos en la poblacion, matando é hiriendo á cuantos encontraban en su paso. Los pocos infantes que sostenian la artillería fueron con los soldados de aquella arma envueltos, heridos, muertos ó prisioneros, cayendo en su poder las tres piezas de campaña que custodiaban.

Las tropas del gobierno iban tan encarnizadas, que entraron en la ciudad tras de los fugitivos como tigres sedientos de sangre: corrian por las calles y plazas como hordas foragidas de tártaros no respetaron ni á los ciudadanos indefensos, mugeres y niños que encontraban al paso: todo lo sacrificaban á su furor y animosidad:

la violacion y el saqueo entraron en parte del desórden, y la triste y desvalida Oajaca presentaba el cuadro mas espantoso de desolacion, que le tenia destinado la Providencia, y que por mas que se lo quiso evitar Santa Anna, esponiendo su vida y la de sus valientes compañeros, como estaba escrito en el terrible libro de los destinos de los pueblos, toda la fuerza humana le fué capaz de impedirlo.

Todavia estaban decretados para Oajaca otros males algo peores, y que la pusieron como la antigua Granada en tiempo de los Zegries y Abencerrages. Cada plaza, cada calle, y cada templo debia ser el teatro de nuevos desastres: alli se habian de ver lidiar mexicano contra mexicano, amigo contra amigo, taladrar casas, montar artillería en las cimas de los edificios, cada habitacion ser una fortaleza, huir despavoridos los habitantes, batallar la astucia, el valor y la intrepidez, contra la impericia y abandono: de un lado querer que la osadia y estrategia equilibrara las fuerzas, dando la ventaja; v del otro, que la calma, la apatia, y la molicie enervaran el valor de las tropas, y se minoraran en esencia y provecho, aunque no en número.

Por fortuna de Santa Anna y sus valientes compañeros habian quedado en el convento de Santo Domingo (51) 11 hom-

⁽⁵¹⁾ El convento de Santo Domingo parece una fortaleza, y su situacion en una eminencia que domina hasta la plaza por un declive bastante rápido, hacian nuy dificultoso su acceso, estando defendido por un corto número de hombres determinados y valien-

bres, y en él todo el armamento y municiones que componian el parque; y las tropas enemigas no cuidaron de ocupar un punto tan ventajoso, creyendo sin duda que la derrota era completa, y que en vez de aprocsimarse huirian de aquellas inmediaciones; pero á pesar de la esperiencia no conocian el adversario que tenian al frente, que se habia de aprovechar de sus descuidos y sa-

car ventajas á su favor.

Este general, acordándose de la consideracion é importancia del punto que habia abandonado, mandó á los comandantes Arista y Delgado, con 8 ó 10 dragones, que fueran a conservarlo en union de su pequeña guarnicion. Estos gefes obedecieron sabiendo el peligro que iban á correr, y llegaron á él pasando por medio de un vivisimo fuego que le hacian los enemigos de las alturas de los edificios, de que se habian va posesionado. A su llegada vieron subir derecho al convento una columna de infantería enemiga, y sacaron un cañon al cementerio, con el que hicieron fuego sobre ella, logrando matar á varios en las dos ocasiones que intentaron subir y que tocaron retirada, quedando dueños del puesto y sin oposicion.

Si el general Rincon hubiera tenido mas pericia militar, la derrota de Santa Anna era completa, pues con haberse apoderado del convento, quedaba sin el menor

tes. Sus murallas son altas y fuertes, y sus costados estaban bien resguardados con las posiciones que habian tomado las pequeñas partidas de Santa Anna.

punto de apoyo y obligado á buscar su salud en la fuga, que hubiera sido precipitada. Sus tropas llegaron hasta cerca de Santo Domingo en el calor del combate, y se retiraron sin haber quien los obligase á ello ni menos los molestara.

La division de operaciones entró en la ciudad en el mayor desórden; por manera que si Santa Anna hubiera dejado en ella 200 hombres en emboscada, los 1600 que por distintos rumbos se aprocsimaron á la plaza, habrian sido sacrificados y hechos mil pedazos; pero no entrando en el cálculo de Santa Anna lo que sucedió, y llevado solo del valor y de que no sufriera la poblacion con su permanencia el asalto de los enemigos, prefirió el esponerse y aguantar un revés à campo raso.... ¡Ojalá que iguales consideraciones hubieran animado á los contrarios! ¡Cuanto daño se hubiera evitado!!!

La infantería colocada en los cerros, fué mucho mas feliz que la caballería: rechazó la que fué á atacarla al mando del coronel Portilla (52), la dispersó é hizo ba-

(52) Este oficial, segun el nuevo apocalipsis de D. Carlos Maria Bustamante, dicen que desafib al general Santa Anna, que lo llamo traidor, &c. &c. Todas son voces al viento, son otras tantas reveluciones que le ha hecho el mal espíritu á Bustamante, y que solo pudo recibirlas quien escribe cuanto le dicen sin analizar nada. ¿Como era posible que Portilla hablara á un Santa Anna con tamaña desfachatez y desvergüenza? No es creible, y el general, cuyo valor está bien marcado, no lo hubiera consentido de ningun modo aunque fuera otro espadachin mas temible: fulta á la verdad, pues, como pobre de hospital el Sr. Bustamante.

jar en desórden y precipitada fuga, en la que recibieron pedradas á falta de balas por haberse consumido en la accion las cuatro paradas de cartuchos que se les habian suministrado á la tropa, y hallarse el parque bien distante.

La noticia de haber entrado los enemigos en Oajaca causó tal inquietud en la infantería de Santa Anna, que sinmayor averiguacion principió á dispersarse, siendo los primeros el batallon de Tehuantepec, y los activos de aquella ciudad, cuerpos que se le habian reunido en la capitulacion de Etla.

Santa Anna estaba descansando un rato en el fortin, despues de haber corrido un riesgo inminente, pues que estuvo envuelto bastante tiempo casi solo en las tropas enemigas, y subió mucha parte del cerro con ella; cuando le avisaron que otra partida de su infantería, que estaba en el cuarto de la cordillera, seguia á la enemiga con el mayor ardor; y que no pudiendo resistir el impetu de ella y en particular à la compañia de cazadores del 5.º batallon permanente, mandada por el valiente oficial ciudadano Francisco Tamariz (por haber sido contuso el teniente Bello que estaba á su cabeza), iba dejando muchos muertos en el campo.

Este nuevo incidente lo alentó bastante, y se ocupó en reunir sus dispersos. En esta situacion se le presenta el coronel Pantoja con 10 dragones, y como le habia ordenado de antemano que marchara á Santo Domingo, le reconvino: á que contestó, que

los enemigos tenian obstruidas todas las entradas, segun le avisaban. Con deseo de dar ejemplo, reunió como 20 infantes de los batallones 5.º y Tres Villas, y enviando por delante una guerrilla de 5 hombres á esplorar las calles, llegó con aquel puñado de valientes al convento sin haber encontrado el menor tropiezo.

Ya el comandante Arista habia repartido la poca gente con que contaba en las bóvedas del edificio, y el general desde aquel punto siguió dando disposiciones para reunir sus dispersos, y luego con ellos aprovecharse del desórden de los enemigos para ver si sacaba alguna ventaja en su crítica posicion.

La division de operaciones estaba en la plaza mayor desordenada, y alli queria marchar Santa Anna para desalojarla; pero á pesar de las órdenes reiteradas que dió para que todos los dispersos y tropas que estaban aun en los cerros marcharan á reunirse en Santo Domingo, no pudo conseguir el ver mas de 62 hombres disponibles en la plazuela del convento, dejando 30 en él, como que era el cuartel general, 15 en el Carmen, y 40 que mandó al fortin de la Soledad.

Conociendo la importancia de un movimiento rápido y violento, organizó lo mejor que pudo aquel corto número de hombres decididos, y descendió con ellos á la plaza mayor por la calle de Santa Catarina. Al desembocar esta calle se avistaron ambas fuerzas, y el capitan Rodal y teniente Tamariz que mandaban la primera mitad, compuesta de unos cuantos granaderos y cazadores, hicieron una descarga á la caballería contraria, y tanto esta como la infantería que ocupaban los ángulos del frente de la plaza, la abandonaron, llegando á posesionarse Santa Anna de toda la catedral, y á recobrar las tres piezas de artillería que les habian quitado en el Marquesado, que dejaron cerca del átrio del templo.

Se refugiaron á los portales fronterizos las tropas del gobierno, y tambien en las calles opuestas, desde donde hacian un vivísimo fuego graneado, que le correspondian los contrarios cubriéndose con el edificio de la catedral en que se hallaban, y con las esquinas de las bocas calles que

habian ganado.

Si Rincon se hubiera aprovechado del calor é intrepidez de Santa Anna y su pequeño destacamento con cosa de 20 hombres de todas armas que tenia á medio tiro de pistola, sin disputa hubieran sido todos hechos pedazos, pagando con la vida su arrojo y atrevimiento; pero sea que no tuvo resolucion bastante para mandar atacarlo, fuera porque consideraba no era posible que se atreviera á afrontar la muerte con tan poca gente, y que la considerara en mayor número, ó por otro motivo que no se ha podido averiguar, cuando en aquel mismo dia habian acreditado que no tenian piedad á sus enemigos; no se atrevieron á entrar en accion, y se mantuvieron huyendo el cuerpo parapetados en sus puestos y haciendo fuego desde ellos.

La fuerza de Santa Anna, tan pequeña, fué causa de que no pudiera conducir las 3 piezas de artillería á Santo Domingo, que distaba de aquel punto cuatro cuadras, porque hubiera sido necesario emplear todos los brazos en ellas, quedándose sin defensa al replegarse, y porque estaban sin armones. Tambien observó que alguna caballería enemiga atravesaba á tres cuadras de él, con direccion al convento, y como podia ser cortado, se retiró, dejando con dolor la artillería, que algo le perjudicó despues, y encaminándose por el mismo punto que habian descendido á la plaza. De ambas partes hubo algunas desgracias sensibles.

Al llegar Santa Anna a Santo Domingo, encontró reunida alguna fuerza mas de la que habia bajado de los cerros, la que bien municionada mandó que ocuparan algunas casas y puntos fuertes, y continuaran toda la tarde el tiroteo, lo que se verificó, haciendo algunas salidas varias de las partidas, por distintos rumbos de la ciudad, sin comprometer accion particular, porque las tropas del gobierno se mantuvieron estacionarias en los puestos en que se colocaron cuando bajó el general hasta la plaza.

Las atalayas ó vigias que habia colocado en los puntos mas altos de la poblacion, le participaron que no habia entrado la tropa enemiga que se hallaba en los cerros, ni tampoco el cargamento de municiones &c. del ejército de operaciones; y considerando que la reunion se verificaría en la noche, salió con 60 hombres de infantería á poco de anochecer, se emboscó á la entrada del punto llamado el Marquesado, y esperó al enemigo que empezó á aparecer como á las diez. Lo primero que se presentó fueron una porcion de heridos que conducian algunos indígenas en tapestles (53), mandados recoger por el general Calderon, de en medio del campo. Como solo se observaba que entraba gente, y no se podia distinguir la clase de ella, se persuadió Santa Anna que era la infantería que aguardaba, y mandó romper el fuego á la vanguardia, lo que verificado se dispersaron al instante los indígenas con sus cargas, arrojandolas casi todas al suelo, y buscando la salud en la huida.

A tan repentina é inesperada carga se acabaron de confundir las tropas del gobierno, y á manos de aquel pequeño destacamento hubiera concluido sin remedio en la noche Calderon, cargas, parque y reserva, si la obscuridad le permitiera el distinguir los objetos, y si los soldados al atacar no se hubieran convertido en tigres encarnizados contra los heridos, que acabaron á bayonetazos, para vengar los daños que habian sufrido en la tarde, cosa que por mas esfuerzos que hicieron no pudieron impedir el mismo Santa Anna ni el comandante Heredia, logrando al fin con mucho trabajo reunirlos y que volvieran à sus puestos, en donde se volvió á esperar al enemigo.

Este apareció nuevamente, y Santa Anna mandó tirotearlo, recibiendo una peligrosa contusion poco mas abajo del pulmon en el lado izquierdo, que creyó prudencia el callar, guardando un profundo silencio sobre ella todo el resto de la campaña, porque temió que sus tropas desmayarían si lo veian ponerse en cura, para cuyo efecto era necesario estar quieto, ó presentarse como herido en una circunstancias en que era necesario multiplicarse, porque en ello iba la conservacion de su vida y las de sus valientes compañeros.

Como la vez primera, fué dispersada la columna que entraba, y algunos fueron heridos por una guerrilla que destacó en su persecucion, á bayonetazos, sin que le opusieran la menor resistencia. El tiroteo lo mantuvo hasta las tres de la mañana, y viendo que no habia con quien combatir se retiró al amanecer.

La decision y el calor mas entusiástico se habia apoderado de Santa Anna y de sus valientes compañeros; así fué que creyendo ser atacado en el convento, porque debía serlo despues de la gran baja de su tropa, por el descalabro que acababa de sufrir, acordaron que no pusieran obstáculos al enemigo, antes bien se les facilitara el paso, abriéndo-les las puertas del cementerio, y dejándolos entrar hasta allí libremente. Mas Rincon, solo pensó en parapetarse desde luego, y embotó el ardor de los valientes Santa Anistas, pareciendo mas bien su tropa una division de posicion, que de operaciones.

El 15 salió Santa Anna en persona con una pequeña partida de caballería al lagar donde se habia dado la accion, subiendo y bajando los cerros, y despues de haber recorrido todo aquello sin oposicion, y recogido varios heridos que encontró en el campo, dió órden á los rancheros de las ha-

⁽⁵³⁾ Camillas provisionales, que se forman de varas 6 cañas en forma de andas con arcos, que resguardan el enfermo que va en ellos.

ciendas inmediatas que se sepultaran los muchos cadáveres que estaban allí tendidos, así amigos como enemigos, y se volvió sin obstáculo á su cuartel general. Toda esta operacion la hizo á la vista y presencia de Rincon y de su division, sin que se atreviera á destacar siquiera una partida sobre la tropa que andaba por los cerros, y que debió ser cortada ó dispersada; pero tal era lo que le habrián podido las atrevidas maniobras de Santa Anna, que teniendo fuerzas tan enormemente desiguales, no se quiso mover de sus trincheras. El general Rincon deberá responder ante la nacion, cual era el motivo que le hacia operar de tal suerte.

A las nueve de la mañana llegó Santa Anna á Santo Domingo con su partida y con sus heridos: allí dispuso que se municionaran los puntos que se habian fortificado, que se formara un hospital militar, al que se mandaron pasar cosa de 80 heridos, y por ambas partes se estuvo todo el dia en un vivísimo tiroteo, desde las calles, conventos y plazas fortificadas, sin presentar ataque alguno Rincon ni Santa Anna.

El 16 amaneció sin que las tropas del gobierno pensasen en atacar. Santa Anna hizo formar toda su fuerza, que ascendería á 250 hombres de todas armas, en el cementerio del convento: allí les arengó, manifestándoles la triste situacion en que se hallaban: nada les ocultó, antes bien les dijo: que no contaba con el menor ausilio para subsistir: que el enemigo tenia once veces mas fuerza que la suya: que abundaba en mil recursos, de que él carecia, y estando ligados por prin-

eipios y sentimientos, tenian que correr una misma suerte, y deseaba por lo mismo oir su opinion en el particular, para tomar en seguida las medidas que se adoptaran como mas á propósito para la salvacion de todos sus compañeros.

La decision de este puñado de valientes no estuvo mucho tiempo indecisa. Unánimemente gritaron que lo que querian era vencer ó morir con honor. Que estaban satisfechos de todo, y que no tenian necesidad de paga, cuando habia pólvora y balas. Que con su decision tenian bastante, y que saldrian á proveerse de lo necesario para subsistir: que si esto se les dificultaba, la caba lada que estaba dentro del convento les serviría de alimento, ó se quintarian; y en el último estremo, primero que entrar en transaciones vergonzosas y degradantes, volarian el parque y todos quedarian sepultados con su general bajo las ruinas del convento.

¡A tales estremos conduce la desesperacion á los hombres que se ven oprimidos y degradados por sus hermanos!!!.... ¡Legis-ladores!.... ¡Temblad! ¡Si algun dia os viereis por desgracia en el caso de dictar remedios que contengan un cancer político, guardaos bien de ocurrir á otro semejante! ¡Cuantos males se hubieran evitado, si en vez de obrar el espíritu de partido, y el reinado del terror, se hubiera acudido con calmantes á propósito y bien ministrados para las fibras irritadas!!!....

Mil vivas repetidos con el mayor entusiasmo por Guerrero y Santa Anna, fueron el resultado de esta interesante conferencia.